

ACERCA DE LA FIGURA DEL NEUROEDUCADOR

Héctor Salinas Fuentes

Resumen: Breve síntesis y comentario a la obra que propone la nueva figura del neuroeducador, su alcance y adecuación a los nuevos contextos educativos, así como sus dificultades y, sobre todo, la necesidad de re-potenciar los empeños formadores en nuestra sociedad. El neuroeducador (y la neuroeducación) se manifiesta como opción renovadora entroncando con los nuevos conocimientos aportados por la neurociencia, entre los cuales destacan entre otros, la plasticidad del cerebro, su carácter singular y el valor de la emoción en la relación enseñanza aprendizaje.

Palabras clave: Neuroeducación, neuroeducador, relación aprendizaje-enseñanza, cultura occidental y ecuación.

Abstract: ABOUT THE NEUROEDUCADOR

Brief summary and commentary on the new figure of the neuroeducador: their work, scope and adaptation to new educational context, as well as the issues raised and, above all, the need to restrengthen the training efforts in our society. The neuroeducador (and by extension, neuroeducation) offers new insights from neuroscience, with a focus on brain plasticity, one of its most singular features, and the value of emotions in the teaching/learning relationship.

Keywords: neuroeducation, neuroeducador, learning-teaching relationship, Western culture and education.

Artículo recibido: 21 de junio 2015 ; **aceptado:** 17 de julio 2015.

MORA, FRANCISCO (2013), Neuroeducación. Barcelona: Alianza Editorial, pp. 224.
ISBN: 9788420675336

La filogénesis nos ofrece unos circuitos neurales hereditarios con los que aparecemos en el mundo social, diríamos que sería nuestra herencia humana para un mundo humano y en constante proceso de humanización; el hombre se hace hombre haciendo, al mismo tiempo, mundo, y lo hace resolviendo dificultades: las dificultades son la sal del cerebro humano. Con esa herencia reglada de la especie inscrita en cada uno de nosotros es que se hace posible la singularización y, ésta,

claro está, es cultural, contextualizada y, por definición, singularizada; cada cerebro es único, afirma F. Mora, (p. 168) y de esto se deduce una importante constatación: el pensamiento es autobiográfico (p. 136). De lo anterior se deduce que cada cerebro, cada ser humano (de la misma manera que cada casa) es el centro del mundo. Idea ratificada desde la filosofía y desde la biología; sería algo así como confirmarse en la idea de que en todo hombre está la medida de las cosas. Esta serie de ideas hasta ahora vertidas se han convertido en lugares comunes de las miradas filosóficas, biológicas y neurológicas actuales.

Aquí me interesa destacar la resistencia de ciertos misterios, los del cerebro y los de la vida, a ser descifrados por el intelecto humano, y por su hija más orgullosa, la ciencia. Esa resistencia se encara al movimiento de la ciencia, neurociencia en este caso, que es a la vez el movimiento de la cultura occidental, pues, y para precisar, es en esta donde nace la ciencia tal cual la estamos entendiendo. Es en este contexto de problematización donde se ubica el trabajo de Francisco Mora, Neuroeducación. Un texto del año 2013 que quiere situarse en el lugar en que la cultura se pregunta por las soluciones a las tensiones entre el movimiento de la cultura y la enculturación de sus miembros a través de eso que se llama escolarización. Allí, en ese contexto, se nos propondría resolver esa disyunción entre el pensar científico y el pensar filosófico, sabiendo que el primero es hijo del segundo y que, además, parafraseando a Schrödinger, ambos saberes pertenecen al humanismo occidental y se disponen a responder a la misma pregunta: ¿Quiénes somos?

No está de más decir que ese primer modo de conocimiento, el científico, actualmente está bajo la hegemonía del mundo de las empresas, y, ambos, la filosofía y la ciencia, cuando se atreven a pensar auténtico han de bregar para no ser colonizados por el poder político. Pero hay más, se hace evidente que las fuerzas empresariales dominan cada vez más los ejes de la cultura: el poder político, la financiación de las investigaciones, los órganos creadores de opiniones públicas, y aún más, avanzan conquistando los ámbitos de la salud y la educación para convertirlos en empresas gestionadas comercialmente. No vamos a entrar a discutir

la relación de dependencia entre ambos poderes, pero sí dejaremos esto para ser pensado, pues el aula es una representación del mundo de la vida y, por tanto, es mucho más que un lugar de encuentro entre educadores y educandos.

Lo que sí nos cabe señalar es la tensión eterna que existe entre, por un lado, el misterio de la naturaleza humana y su inefabilidad, y, por otro, el modelo de ser social como el ser normal, ese que nos aparece entroncado con la maquinaria económico-política y que subordina la idea de salud subjetiva, salud como estabilidad inestable, a la referencia externa y social de salud como medida de funcionalidad estándar dentro de una sociedad que prioriza el ritmo de un tiempo social por encima de los ritmos individuales. En la tensión de este debate, eternamente contingente, entre la libertad de cada cual y la funcionalidad y cosmovisión hegemónica de una realidad cada vez más sometida a un modelo monocultural y globalizado, se sitúa la nueva figura del neuroeducador.

El neuroeducador y la neuroeducación, hijas ambas de la neurociencia, se proponen como una posible opción-solución que pueda acoplarse de la mejor manera a los requerimientos y problemáticas de nuestro presente cultural y educativo. El principio fundamental, presente en otros textos del mismo autor, es que la emoción es la que abre la intelección al aprendizaje significativo, y sólo así se hace posible la alquimia del aprender. De estos requerimientos y de su relación con el ámbito educativo destacaríamos la idea de la plasticidad del cerebro humano y, con ello, que todo aprendizaje supone una reestructuración. Aquí se hacen evidentes tres ideas: La primera es la de Goethe y trata de la afirmación de que solo se aprende aquello que se ama; la segunda tiene que ver con la idea de Sócrates (luego ratificada por Kant) de que el hombre ha nacido para ser educado, y, la tercera, trata de la figura del neuroeducador y de su especialización.

Las dos primeras ideas son constantes en la literatura educativa, la tercera, la de la figura del Neuroeducador, aparece en un momento en que se incrementan las reflexiones educativas relacionadas al mundo de la técnica, con la extrema individualización de los sujetos, y con, para resumir, la ofensiva cultural neoliberal. El

autor ha puesto sumo cuidado de no caer en la instrumentalización, encontramos esto, también, en otro de sus textos: «Haz el esfuerzo por encontrar el medio ambiente social y moral de referentes sólidos y bien cimentados que construyan tu propio cerebro y con ello sí alcanzarás el pleno desarrollo de «ti mismo»» (Mora, 2001:186).

Así a este nuevo educador, neuroeducador, que se nos propone se le pide que sepa conjugar, sobre todo, conocimientos neurológicos y psicológicos. Se trataría de una nueva figura, que a modo de renovada síntesis interdisciplinar, fuese capaz no solo de educar-instruir bien, sino, también de detectar diversos síntomas: «El neuroeducador debería recibir enseñanzas especiales, es decir, cursos –además de los correspondientes y específicos de un maestro- que le permitieran detectar los síntomas más frecuentes que interfieren con el aprendizaje, clases por tanto de educación, psicología, neuropsicología, neurología y medicina. Se necesitan estos profesionales en los colegios. Yo los veo como un futuro ocupando ya el presente» (p. 189). Hay, sin embargo, algo difícilmente enseñable como es el arte de enseñar, el arte de dejar o hacer aprender, eso que tiene el profesor excelente y que a modo de descripción se nos muestra en la página 176.

Para Dewey la educación es antes un arte que una ciencia, y, para Vigotski el arte, nos parece que por fuerza ha de estar vinculada a la gestión educativa que ofrece eso que él llama la “zona de desarrollo próximo”. Sabemos que para este último la concepción de arte es la misma que tenía Nietzsche y que le servía para decantarse por el “llegar a ser lo que eres”, y que, difícilmente se deja colonizar por la funcionalidad social. En ambos autores estaría la cuestión de la liberación del individuo como preocupación central de la educación, por esto, no es extraño constatar que el concepto de autopoiesis de la nueva biología de Maturana obedece a un préstamo que la biología recibe desde la filosofía. Esta mimesis es recreación y así destacamos, por ejemplo, las coincidencias de las tesis del autor con las de Rousseau, en el sentido de que la educación ha de ir desde la realidad sensible hacia la abstracción (p.60-63); recordemos que para este el principal fundamento de la educación era la sencillez del principio educativo negativo, esto es, proteger de las

perversiones intelectuales y morales, para decirlo de manera escueta. Recordemos, también, que *Emilio o de la Educación* se publica el mismo año que *El contrato social*, ambos son una respuesta, educativa, el primero, y política, el segundo, a las expectativas humanas, en ambos textos la cuestión central es la libertad y dignidad de los seres humanos.

La pregunta que a lo largo de las épocas subyace es cuál es el término medio que se le pide a los individuos y a la sociedad, cual es el equilibrio en cada caso y en la co-relación. Curiosamente desde siempre encontramos el paralelismo entre la concepción del cuerpo humano y el cuerpo social, en ambas estructuras encontramos áreas de difícil acceso al pleno conocimiento. ¿Qué le exigimos a cada ámbito? ¿Cuál es el sentido de potenciar el cerebro humano? En prácticamente todas las culturas las respuestas entroncan con idea del bienestar humano, y, prácticamente en todos los tiempos la educación institucionalizada es concebida como medio para cambiar la realidad.

La neuroeducación en su empeño por detectar síntomas de inadaptación puede acabar en manos de mentes expertas, mentes sin visión sinóptica, en el otro extremo, en cambio, potenciar mentes bien hechas nos llevaría a espíritus libres. Un cerebro bien hecho se me ocurre que sería algo así como la persecución de lo que antiguamente se denomina *kalokagathia*!! Y que vendría a coincidir con la idea de *Phrónesis* de Aristóteles y con el “llega a ser lo que eres” o el “conócete a ti mismo”, todos estos términos guardan familiaridad con la educación entendida como hacer salir, extraer desde dentro, y con la idea de una alquimia presente en los procesos de educación que siempre que es bien entendida se propone la liberación de los seres humanos; y, de la misma manera, con la idea de sabiduría.

El peligro de las ciencias, es, hoy por hoy, el mismo peligro que tienen los individuos en el mar social, quedar subsumidos bajo la hegemonía de una tecnocracia. Pensando en la fábula de las abejas de Mandeville, se me ocurre la pregunta, por lo demás reiterada en todas las épocas y mentes sencillas: ¿Qué pasaría si la educación realmente liberara las mentes?

Héctor Salinas Fuentes

Profesor de pedagogía de la *Universitat de Barcelona*.

Bibliografía

Mora, F. (2001) *El reloj de la sabiduría*, Madrid. Alianza.

Cómo citar este artículo:

Salinas Fuentes, H., "Acerca de la figura del neuroeducador", en *Folia Humanística*, 2015; 1: 28-33. Doi:<http://dox.doi.org/10.30860/0004>.

© 2015 Todos los derechos reservados a la *Revista Folia Humanística* de la Fundación Letamendi Forns. This is an open access article.